

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES
TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 14 de Junio de 1892.

Año LI.—Núm. 22.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castellido.—Explicación de los grabados.—La Familia de Monsalvez (continuación), por D. Isabel Cheix.—Al borde del abismo, por doña María Marzari.—Abnegación, por Aurora.—Carta celeste, poesía, por D. Julio Valdelomar y Fábregues.—Madrigal, poesía, por D. Leopoldo Parejo.—Correspondencia particular, por D.ª Adela P.—Explicación del figurin iluminado. Explicación de los dibujos para bordados contenidos en la Hoja-Suplemento.—Sueltes.—Solución al salto de caballo publicado en el núm. 18.—Anuncios.

GRABADOS.—1. Traje de recepción.—2. Tapete de reps de Gobelinos con bordado búlgaro.—3. Tapete bordado sobre paño.—4 y 5. Delantal bordado.—6. Traje de calle.—7. Bata.—8. Sombrero redondo.—9 y 10. Vestido para niñas y niños de 3 á 5 años.—11. Traje para niños de 8 años.—12. Vestido de recepción.—13. Traje de casino.—14 y 16. Traje de campo.—15. Traje de calle.—17 y 18. Chaqueta de luto.—19 y 20. Chaqueta de verano.—21. Vestido para juvenitas.—22. Traje de paseo.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

La inauguración de las Exposiciones de Bellas Artes.—Exhibición de las novedades de la estación.—Certamen de elegancia.—Diez modelos escogidos entre ciento.—Tendencia de la moda.—Un pato silvestre.—El cochero y la Sociedad Protectora de los Animales.—Una mujer de peso.

EN mi anterior Revista di una noción general de las novedades exhibidas con motivo de la inauguración de las Exposiciones de Bellas Artes, exposiciones á su vez (me refiero á las últimas creaciones de la moda) organizadas por nuestras más bellas elegantes con ayuda de modistas y costureras de fama.

Ahora vamos á presentar de una manera más gráfica, es decir, por medio de nuestros acostumbrados croquis, una serie de *toilettes* de las que más brillaron en aquellos concursos de la moda, y que son, por decirlo así, la esencia de las novedades de la estación. No era cosa fácil hacer esta selección entre la multitud ultraelegante que invade los salones, particularmente en el Campo de Marte.

Croquis núm. 1. Vestido de seda fondo blanco, con rayas verdes y nutria. La falda estaba cortada de modo que formaba galones ó V por delante. En el borde inferior, una corona de cocas de cintas de terciopelo color de «cheno». Un cinturón de terciopelo nutria rodeaba el talle. Cocas de cintas dispuestas en torno de las sisas, como una chaquetilla Figaro y formando hombreras. Por delante un peto de guipur. Manga *Bilboquet*.—Sombrero *Aureola*, de paja color de «cheno», guarnecido de plumas color de nutria y negras.

Croquis núm. 2. Vestido de moaré oro listado de amatista. En el borde inferior, un entredós de guipur de Irlanda. Dos rizaditos de cinta de raso color de amatista rodean la guipur. En el cuerpo, un canesú grande de guipur con un volante que cae por encima, y un lazo flotante de cinta de raso color de amatista en el lado derecho. El mismo adorno en la espalda, y cinturón de cinta de raso. Manga muy bullonada, cortada al sesgo y estrechada en el codo con un lazo formando orejas de raso amatista.—Sombrero de paja color amatista, guarnecido de cocas de cinta de raso blanco y antenas de lofóforo.

Croquis núms. 3 y 4. Un traje de extraordinaria rareza, pero de una elegancia no menos típica. Vestido de sarga blanco, guarnecido de faya dalia. En el borde de la falda y en la cintura un volante encañonado de faya ribeteado de unos rizaditos de cinta de



I.—Traje de recepción.

faja negra. El cuerpo era una verdadera coraza cerrada en el lado izquierdo ó enlazada en la espalda. Sobre los hombros, un cuello Enrique II ó esclavina corta de faja dalia adornada simplemente con el mismo rizado. Esta esclavinita cae sobre los hombros y va abierta por delante, donde se anuda con dos cintas de raso blanco. Cuello Médicis forrado de raso blanco. La misma manga muy bullonada por arriba



Núm. 1.

y ajustada desde el codo.—Sombrero de paja «trigo maduro», guarnecido de plumas negras y penacho.

Croquis núm. 5. Preciosa composición, llena de elegancia y originalidad. El vestido es de fular listado color de malva y palo de rosa. El cuerpo, del mismo fular, va plegado y se abre sobre un peto de guipur. Como sobrefalda, abierta por detrás y dejando ver la falda de fular, unos entredoses de guipur de Irlanda y cinta de moaré color de malva. Cuello y faja de crespón de la China color de palo de rosa. Manga bullonada de fular y manga ajustada de guipur.—Sombrero de paja de color, con penacho de plumas negras.

Las pajas de color hacen furor este año, y con frecuencia se iguala el color de la paja al del vestido.



Núm. 2.

Croquis núm. 6. Una maravilla. Vestido de fular blanco sonrosado, sembrado de ramas de cerezas. En el borde inferior, aplicado sobre la falda, va un volante de punto de Cluny. El mismo volante pasa debajo de los brazos rodeando el busto. Unos tirantes de terciopelo color de cereza mantienen, al parecer, este volante sobre el cuerpo. Mangas bullonadas de terciopelo color de cereza, con volante de encaje. Cinta de terciopelo en la cintura.—Como tocado, un sombrero diminuto de paja marrón, todo guarnecido de cintas y de cerezas.



Núm. 3.

tes de muselina de seda blanca, ribeteados de cinta cometa de terciopelo negro. En el cuerpo, que es de bengalina, una guarnición plegada que forma peto y una guipur que figura un corselillo. Una cinta de terciopelo negro sale de la sisa izquierda y pasa al lado derecho para formar un lazo flotante, y otra cinta igual rodea la cintura y cae sobre el lado izquierdo. Mangas sumamente huecas de muselina de seda blanca, sobre transparente de color de rosa, con lazos de cinta de terciopelo negro.—Capota pequeña toda de azabache.

Croquis núm. 9. Hasta las niñas han tomado parte en este certamen de la elegancia. He aquí una lindísima, con su blusa de *suavi* color de rosa, guarnecida de una guipur ancha de Italia. Una guipur igual como canesú y en los puños. Lazo flotante de cinta de raso blanco.—Capelina grande de paja de Italia, cargada de amapolas y de verbena.

Croquis núm. 10. Terminemos con un delicioso vestido de fular color de rosa de la China, todo atravesado de entredoses de guipur. La parte de la derecha va atravesada en sentido diagonal y la de la izquierda á lo largo por estos entredoses. Un en-



Núms. 5 y 6.

caje dispuesto en conchas en la izquierda separa las dos partes. En el cuerpo, entredoses en línea diagonal por delante y

Croquis núm. 7. Traje más severo, de paño de verano *Ofe-lia*. Bordado menudo de trencilla y cuentas en el borde de la falda. Un magnífico bordado mezclado de cuentas pasa en línea diagonal sobre la falda y figura un delantal. Un bordado igual va dispuesto en forma de corselillo sobre una coraza cerrada en la espalda. Cinta de terciopelo color violeta, formando cinturón, con cocas japonesas en medio de la espalda y cocas cerca de la sisa en el lado izquierdo. Mangas de terciopelo.

Croquis núm. 8. Otro traje raro, pero lindo, fresco y gracioso en extremo. Un vestido de bengalina color de rosa, guarnecido de tres volantes

formando varias V en la espalda. Cuello de encaje, y volante del mismo encaje en las mangas.

Y podría citar aún más de veinte trajes de los que llamaron particularmente la atención. Pero los que acabo de describir bastarán para dar una idea de la elegancia original y de buen gusto que ha señalado este año la inauguración de



Núm. 7.

las Exposiciones de Bellas Artes, é indicarán al mismo tiempo las tendencias de la moda.

En la fonda.

—Mozo, ¿está usted seguro que el plato que acaba de servirme es pato silvestre?

—¡Yo lo creo! no puede ser más silvestre. Como que ha habido que correr más de media hora para cogerle en el corral.

Un cochero de fiacre maltrataba al pobre caballo que tiraba trabajosamente del vehículo.



Núm. 8.

Acude un señor anciano, que lo apostrofa con indignación:

—Si continúas, tunante, voy á llamar á un agente de policía para que te leve á la prevención. ¡Has de saber que soy de la Sociedad Protectora de los Animales!

El cochero muy cortés:

—Pero, caballero, yo no le he hecho á usted nada.

En la feria de Neuilly.

Una mujer colosa descorre la cortina que la ocultaba á la



2.—Tapete de rops de Gobalinos con bordado búlgaro.



3.—Tapete bordado sobre paño.

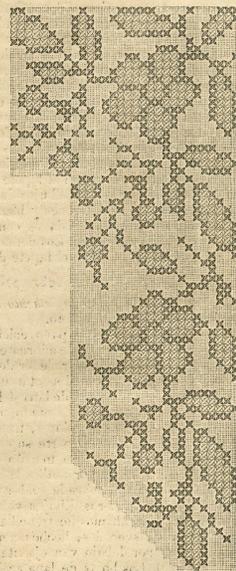


6.—Traje de calle.

7.—Bata.



4.—Delantal bordado.
Véase el dibujo 5.



5.—Bordado del delantal.
Véase el dibujo 4.



Núm. 9.

Núm. 10.

curiosidad de los espectadores, y después de una profunda reverencia, les dice:

—Señoras y señores: Yo peso trescientas cuarenta libras. Esto es de nacimiento. A la edad de catorce años estaba ya tan gorda, que me veía obligada á dormir en un cuarto con dos camas.

V. DE CASTELFIDO.

Paris, 8 de Junio de 1882.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de recepción.—Núm. 1.

Vestido de raso verde listado, con rayitas de raso verde liso, guarnecido de bordado-eneaje. Falda-funda, recta por delante y formando cola larga y sesgada; la falda va enteramente forrada de raso del mismo color, y adornada por abajo con un volante fruncido de raso liso, y dos bullonados por encima del volante.—Cuerpo-chaqueta, compuesto de una espalda ceñida, con lados de espalda, lados de delante y delanteros plegados, formando solapas puntiaguadas, las cuales van adornadas con un bias ribeteado de un punto ruso. Los delanteros se abren sobre un camisolín de bordado, que se fija sobre el forro de los delanteros. Este va ajustado con pinzas, y se cierra en medio. Cuello alto, adornado con un punto ruso. Manga ancha de bordado, con una sola costura en la sangría del brazo. Cinturón puntiaguado, de raso liso.

Tela necesaria: 9 metros de seda listada; 6 metros de seda lisa, y 2 metros 50 centímetros de volante ancho de bordado.

Tapete de reps de Gobelinos con bordado búlgaro. Núm. 2.

Las figs. 61 á 63 de la *Hoja-Suplemento* al número 21 de LA MODA corresponden á este objeto.

Este tapete, que tiene 73 centímetros en cuadro, va hecho de una nueva variedad de bordado búlgaro, para el cual se emplean, como fondo, unos pedazos de reps de Gobelinos de diferentes colores. Nuestro modelo se compone de un centro de reps encarnada, de 46 centímetros en cuadro, al cual se unen, á 5 centímetros de distancia de la esquina, unos pedazos triangulares de reps color de masilla, cuyos lados, en línea recta, tienen 25 centímetros de largo. El borde exterior del tapete se halla formado por una tira de tela azul de 8 centímetros de alto, sobre la cual se ponen las esquinas libres del pedazo del medio. Después de haber reunido los pedazos, se pasan al tapete los dibujos de las figuras 61 á 63; se bordan los dibujos del pedazo del medio con algodón retorcido azul, bronce y blanco, al pasado apretado. Se rodean los bordados aislados con puntos de cordoncillo hechos con algodón negro. Los demás dibujos van bordados del mismo modo. Se forra el tapete de satinete azul.

Tapete bordado sobre paño.—Núm. 3.

La fig. 31 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número anterior corresponde á este objeto.

Este tapete, que es de paño color de aceituna, tiene 56 centímetros en cuadro. Se le adorna con una cenefa bordada, y se le guarnece á todo el rededor de una hilera de piquillos hechos al crochet, á la cual se atan unas borlitas de diferentes colores y unas borlitas de lana del color del fleco. El bordado, cuyo dibujo va representado por la fig. 31, se ejecuta con lanas de diferentes colores, trencilla de oro estrecha y algodón marrón. Para la parte superior de los bordados de las esquinas se emplea lana marrón clara; para las que tienen la forma de hojas por ambos lados, lana color de cardenillo de dos matices, sobre la cual se cosen unos puntos encontrados. Los primeros dibujos van rodeados de torzal de lana negra, y los últimos de trencilla de oro estrecha, fijada con puntos transversales, hechos con lana negra. Los dibujos que caen por debajo van ejecutados con puntos hechos con lana azul. Las hojas de lana aceituna y lana azul se las

rodea como los dibujos superiores. Se ejecuta el relleno del bordado inferior con lana marrón clara y negra, y el marco ó cenefa con lana masilla al punto de cordoncillo. Los dibujos en forma de cintas van llenos con puntos de cadeneta aislados, hechos con lana bronce, y los del medio con puntos encontrados hechos con lana color de cardenillo de varios matices. Estos últimos van rellenos además con puntos anudados, hechos con lana torzal negra. Se les rodea de puntos de cordoncillo, hechos con la misma lana.

Delantal bordado. Núms. 4 y 5.

Se hace este delantal de un pedazo de reps crema, de 46 centímetros de alto por 60 centímetros de ancho, guarnecido en el borde inferior de una cenefa calada, de 10 centímetros de ancho. Se le adorna además, exceptuando el borde superior, con una tira de dibujos amarillos y azules, de 7 centímetros de ancho. Se sesga el borde superior del delantal hacia el medio, y se le pliega de modo que quede en 31 centímetros de ancho. Se le pega á un cinturón en punta, ribeteado de una tira de tela azul estrecha, á la cual se pegan unas tiras de tela de 50 centímetros de largo. El delantal va adornado de dibujos de ángulos bordados con algodón crema y azul, que se ejecutan al punto de cruz (véase el dibujo 5). Se completa el delantal con un encaje crema, bordado y cosido en el borde inferior.

Traje de calle.—Núm. 6.

Vestido de crepón de lana beige, rayado de un filete azul pálido. Falda «fin de siglo» forrada de tafetán azul. Cuerpo sin costura en la espalda, muy abierto por delante sobre un peto de *surah* azul pálido, bordado de seda beige y azul pálido. Se le abrocha en el lado izquierdo, bajo los delanteros, que se recortan en forma de chaquetilla Figaro. Manga al sesgo, sin costura en el codo.—Chaqueta de paño amazón beige, ajustada en la espalda, ancha de aldetas, y con una pinza bajo las solapas, que son de seda beige. Manga de codo.—Capota hecha de pétalos de rosas. Lazo de rosas y plumas negras.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de crepón de lana, de un metro 20 centímetros de ancho para el vestido, y un metro 20 centímetros de paño para la chaqueta.

Bata.—Núm. 7.

Es de crepón de la China color de fuego. La espalda va plegada con pliegue Watteati, pero sujeta en la cintura con dos puntas de terciopelo color de fuego, dispuestas como las que sujetan el chaleco de seda listada color de fuego y crema. En el centro se abrocha el chaleco bajo las puntas que se fijan en el lado izquierdo. Cuello en pie listado, y mangas rectas que caen sobre un puño alto de terciopelo. La bata va enteramente forrada de tafetán.

Tela necesaria: 6 metros 80 centímetros de crepón, y 4 metros 50 centímetros de seda listada.

Sombrero redondo.—Núm. 8.

Este sombrero es de paja de arroz mordorada, con ala de paja de su color, y va guarnecido de una corona de violetas. Por delante, violetas mezcladas de rosas color de rubí de dos matices.

Vestido para niñas y niños de 3 á 5 años.—Núms. 9 y 10.

Es de terciopelo de verano fondo color de rosa con rayas crema. Falda plegada y abrochada en el lado izquierdo. Blusa cruzada por delante y abrochada con corchetes bajo una hebilla. Solapa ancha, rodeada de un volante de encaje crema. Manga recta, dispuesta al sesgo, como todo el vestido. Puño cubierto de un encaje.

Traje para niños de 8 años.—Núm. 11.

Es de paño azul, y se compone de un pantalón largo y un paletó cruzado, con doble hilera de botones y solapas anchas. En las caderas, aberturas de bolsillos con carteras. Cuello grande á la marinera, guarnecido de filetes blancos de galón y puntas de lana blanca. Manga de codo con carteras. Espalda y delanteros rectos.

Tela necesaria: 2 metros 75 centímetros de paño azul, y 20 centímetros de paño blanco.

Vestido de recepción.—Núm. 12.

Se hace este vestido de raso tornasolado color de hoja de rosa, y se le guarnece de bordado de seda cruda y de un *marabout* de seda rizada. Falda-funda de cola redonda completamente forrada de *surah* color de maíz y adornada en el borde inferior con un *marabout* de seda. La parte superior va montada bajo un cinturón plegado de la misma tela formando puntas por delante y por detrás. Cuerpo remetido en la falda y cerrado en medio con cierre invisible. Espalda de una sola pieza, con vuelo suelto en la cintura por una serie de fruncidos; lados de delanteros llanos y delanteros amplios montados con pliegues en el escote y terminados en punta en la cintura. Cinturón-corselillo cerrado con una guarnición de *marabout*, que va puesta sobre el cuerpo. Forro muy

ajustado. Cuello alto de bordado, y alzacuello igual plegado. Mangas al sesgo plegadas y abrochadas por abajo.

Tela necesaria: 15 metros de raso.

Traje de casino.—Núm. 13.

Vestido de piel de seda color de rosa nacarada y guipur de Venecia. Falda sesgada de cola larga y redonda, compuesta de siete paños enteramente forrados. La parte inferior va guarnecida de tres almohadillados de tela igual. Cuerpo remetido en la falda, fruncido por delante y en la espalda sobre un canesi cuadrado de guipur de Venecia, fijado sobre el forro del cuerpo, que es muy ajustado. El cuerpo se abrocha con corchetes en el hombro y bajo el brazo izquierdo. Volante ancho de guipur, montado en forma de bata alrededor del canesi. Cuello en pie, y mangas rectas y anchas por arriba, terminadas en unos puños altos de guipur. Cinturón-faja de cinta cerrado con una escarapela.

Tela necesaria: 15 metros de piel de seda.

Traje de campo.—Núms. 14 y 15.

Falda de lanilla de canutillo color beige. Corselillo de raso marrón bordado de oro. Cuello y cinturón de raso marrón. Camisa de fular crema con lunares amarillos. Camisolín de guipur.—Sombrero 1830, llamado el *Carbonero*, de paja negra, forrada de terciopelo verde, con vivos de paja de Italia blanca. Lazo verde y negro; hebilla de plata antigua. Corona de florecillas azules.

Traje de calle.—Núm. 15.

Este traje es de lanilla azul, y va guarnecido de un cuello, un peto y puños de guipur. Camisolín, mangas, cinturón y volante de la falda de fular color de perla, con dibujos en forma de triángulos. Unos broches cierran el corselillo.—Sombrero ondulado, con fondo de paja de Italia y ala de paja labrada de color, la cual es también ondulada y va forrada de guipur negro. Lazo alsaciano de tul de Malinas, con entredoses de cinta de terciopelo negro. Hebilla de diamantes imitados y azabache, con un penacho de seis antenas de lo mismo.

Chaqueta de luto.—Núms. 17 y 18.

Se hace esta chaqueta de pañete negro, y se la guarnece de crepón inglés. Se compone de espalda y lados de espalda, delanteros cerrados en medio con pinzas de pecho y pinza que marca el lado de delante. Una tira ancha de crepón guarnece el borde inferior, llegando sólo hasta los lados de la espalda y subiendo á cada lado de los delanteros. Cuello alto y enrollado de crepón. Carteras de la misma tela en las mangas de codo.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de pañete, y 2 metros de crepón.

Chaqueta de verano.—Núms. 19 y 20.

Es de cachemir color de ceniza claro, y va adornada con bordados de trencilla y un chaleco de seda, que se cierra en medio y se añade á cada lado, bajo el borde de los delanteros. Cuello alto de seda. Espalda guarnecida de bordados, y lados de espalda con botones en la cintura. Delanteros abiertos, con pinzas de pecho y pinza que marca el lado de delante. Delanteros doblados en forma de solapas, y cuello que continúa las solapas, las cuales van guarnecidas de bordados, así como el cuello. Bolsillos con carteras bordadas. Mangas de codo, bordadas por encima.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de cachemir, y un metro 20 centímetros de seda.

Vestido para jovencitas.—Núm. 21.

Se hace este vestido de fular azul con florecillas blancas. Falda lisa. Cuerpo-chaqueta ajustado en la espalda. El delantero va adornado con unas solapas anchas, que se abren sobre un chaleco fruncido en la cintura bajo un cinturón plegado. Un peto bordado va puesto por encima del chaleco. Cuello vuelto bordado. Mangas anchas terminadas en un puño bordado.

Traje de paseo.—Núm. 22.

Vestido de seda verde espárrago, guarnecido de guipur blanca y terciopelo negro. Falda-funda, ribeteada de un bullonado estrecho de terciopelo. Cuerpo remetido en la falda, bajo un cinturón plegado de terciopelo negro, que forma corselillo. Espalda ceñida, y delantero de una pieza, ajustado con pinzas. Cierre invisible en el lado izquierdo, bajo la chaquetilla Figaro, la cual es de guipur, con espalda recta y delantero redondo, que va doblado para formar unas solapas, fijadas en los hombros con unas escarapelas de terciopelo. Mangas de codo, de guipur óndulada, con brazalete de terciopelo bullonado. Cuello alto de terciopelo.—Sombrero de paja de arroz verde, guarnecido de encaje blanco y cinta color de rosa y verde.

Tela necesaria: 13 metros de seda; 2 metros 50 centímetros de terciopelo, y un volante de guipur, de un metro 50 centímetros, para hacer la chaquetilla.

LA FAMILIA DE MONSÁLVEZ.

Continuación.



ENTACIONES tuvo Rafael de subir y resolver la duda por sí mismo; pero se dominó y siguió andando lentamente, tan abatido cual si tuviera que sostener, como Atlante, el peso del mundo sobre sus hombros.

Llegaba ya á la Puerta del Sol, cuando la casualidad le puso delante al más joven y aturdido de sus condiscípulos, Leoncio Suárez, único vástago de una honrada familia de provincia que se sacrificaba por el bienestar y brillante carrera de aquel hijo, en quien fundaba todas sus esperanzas. Desgraciadamente el joven no correspondía á ellas, pues formaba parte del sinnúmero de vagos que de continuo envían á la corte los sueños de ambición y loco amor de las fami-

lias avecinadas en modestas localidades: juventud dorada que brilla como radiantes estrellas mientras consume la sangre y el sudor de los que le dieron el ser, gastando en vicios y orgías lo que reciben para libros y matriculas; cizaña venenosa que sólo da fruto de espinos, y que una vez agotada la fuente que le da vida, desaparece hundida en el abismo, dejando tras sí amargos desengaños, deshonra y lágrimas.

En razón a la clase de sujeto que era Suárez, aunque se daba pomposamente el nombre de condiscipulo de Rafael, apenas asistía a las lecciones seis veces por año, achacando siempre las pésimas notas que recibía en los exámenes a la envidia y mala fe de sus catedráticos; mentiras que, aunque repetidas por todos los malos estudiantes, dan siempre buen resultado, porque las oye la más ciega de las ternuras, cual es el amor de los padres.

Sorprendido Leoncio al hallar a Rafael en la Puerta del Sol, pues el primo de Floriana no se proligaba en ninguno de los sitios donde la juventud ociosa de una población acude a solazarse en todo tiempo, se detuvo, y antes que Monsalvéz pudiera evitarlo, le enlazó un brazo cariñosamente, y exclamó:

— ¡Bendita sea mi suerte, chico! Aunque sin linterna, andaba tan apurado como Diógenes buscando un hombre, y he aquí que te hallo como llovido del cielo.

— Perdona que no me detenga — repuso Rafael, procurando desasirse muy contrariado; — pero un asunto urgente...

— ¡Tregua a los asuntos urgentes! — volvió a exclamar el calavera; — déjales por esta noche; mañana tendrás tiempo de sobra para arreglarnos: mañana es el gran recurso de nuestra agitada existencia... ¿Cómo nos veríamos si tuviéramos que hacerlo todo hoy?

— Te repito que me es imposible detenerme — insistió Monsalvéz, haciendo vanos esfuerzos por librarse de aquel importuno.

— Pues mira, no te suelto aunque te empuje; tengo que hacerte una confidencia y pedirte un consejo... asunto de honor... te lo aseguro.

— ¡Asunto de honor! — balbuceó Rafael, sorprendido de que persona tan trivial pudiera ocuparse de algo serio.

— Escúchame un momento y juzgarás la importancia del caso; con motivo de haber terminado la carrera de ingeniero Arsenio Rojas, un chico bueno sí los hay, y amigo de sus amigos, hemos convenido los más íntimos en obsequiarle con una cena en Lhardy esta misma noche.

— Y bien, ¿qué tiene eso que ver con tu honor?

— Pequeñas causas, grandes efectos, compañero querido; continúa oyendo, y pronto estarás al cabo de todo: el organizador de la fiesta he sido yo, aunque para no perder la costumbre, se han formado comisiones y hasta subcomisiones respecto a ella; mas por una fatal reunión de circunstancias, voy a verme obligado a no asistir.

Rafael se encogió levemente de hombros, sin atinar a dónde podía conducir esta confidencia, mientras Leoncio, animado por la atención que a su parecer le prestaba, continuó de prisa como el que desea terminar un negocio que le enoja.

— Culpa confesada, medio perdonada; así voy a decirte la pura verdad: no sé qué diablo me sugirió la idea de ir a pasar una hora en nuestro club, y todavía la peor de entrar en cierto gabinete reservado, donde algunos socios acostumbra a tirar de la oreja a Jorge, pero con suavidad, para que no alborote y la autoridad tome *custas* en el asunto. Me atreví a mezclarme entre ellos, y antes de media hora mi dinero había pasado a otras manos. Por fortuna pude dominarme, y no juzgué sobre mi palabra, así es que dejé el club sin deudas, pero tan pobre como Adán cuando fué arrojado del Paraíso.

Profundamente disgustado de la cínica indiferencia con que el empedernido calavera relataba un hecho que hacía sublevar todas las delicadezas y honrados escrúpulos de su alma, Rafael continuaba guardando silencio, ya que, sin haber marcado desaire al que hablaba, no podía dejarlo inmediatamente; y en tanto su interlocutor, cada vez más animado, proseguía:

— Pues, como te digo, Monsalvéz, aturdido del fracaso he salido a la calle como loco: figúrate el compromiso de que el presidente de una fiesta no pueda presidirla.

— Lo comprendo.

— Baste decirte que ni aun los cien reales que cuesta a cada uno el cubierto en casa de Lhardy, me ha dejado ese endiablado *baccarat*; así, andaba a la aventura, resuelto a pedirlos al primer amigo que me encontrara, aunque no muy seguro de que me serviría; pero la buena estrella que me protege te ha puesto en mi camino.

A pesar de su amarguísima pena, esta conclusión hizo asomar una sonrisa a los pálidos labios de Rafael. ¡Donoso asunto de honor! donde había temido hallar graves disgustos, encontraba sólo el más vulgar de los *sablazos*, como han dado en llamar a las descaradas peticiones de dinero de que tanto se abusa. Sin contestar, porque verdaderamente no sabía qué decir, y atento sólo a librarse cuanto antes de tal compañía, Monsalvéz sacó su cartera y de ella un billete de doscientos reales, que puso en manos de su condiscipulo.

— Pero, chico... balbuceó éste con el más cómico de los asombros; — si no te pedía tanto...

— No tengo billetes de la cantidad que necesitas, y después de todo, lo mismo son cinco que diez.

— ¡Feliz mortal que no posee billetes pequeños! ¡Espejo de los amigos, Pilades archigeneroso... no sé cómo agradecerle... pero conste que los recibí prestados, ¿sabes?... prestados formalmente hasta primero de mes.

— Como quieras — repuso Rafael con indiferencia, bien convencido de que no volvería a ver el dinero que acababa de dar.

— Eres rumboso hasta lo inverosímil; pero se me ocurre un proyecto; ¿quieres con lo que sobra pagar tu escote en la cena y disfrutarás un rato espléndido? Así tendremos ocasión de hablar despacio, y te contaré el negocio que tengo entre manos; ¿este sí que es serio, palabra de honor! como que tal vez resulte un matrimonio.

— ¡Tú! — exclamó Monsalvéz sorprendido de veras.

— Yo, sí, chico, y nada menos que con una condesita (6

hija de Conde por lo menos) riquísima; pero vente, vente y hablaremos.

— Imposible, te he dicho que tenía ocupaciones...

— Es verdad, y yo lo olvidaba; ¡soy lo más aturdido! pero no quiero que faltes por culpa mía. Adiós, chico, gracias otra vez; adiós, y espera mi visita el día primero.

Y listo como una ardilla, se perdió entre los animados grupos que llenaban las aceras resplandecientes de luz.

— ¡Loco! — murmuró Rafael con profunda amargura; — y pensar que estos seres, tormento y vergüenza de la humanidad, tienen, de ciento, noventa y nueve probabilidades de ser más dichosos que los que pensamos de diferente manera!

Su cabeza se desvanecía entre aquel incessante movimiento de carruajes y transeúntes; pero como por nada del mundo quería volver a casa de sus fijos hasta que avanzara la noche y la familia se entregase al reposo, decidió entrar en un café; hizo así, y dirigiendo desde luego el rincón más apartado, tomó un periódico para aparentar que se ocupaba en algo; volvióse casi de espaldas a la multitud, y más aislado en medio de aquel bullicio que si se hallara en un desierto, entregó su imaginación al estéril trabajo de adivinar el verdadero sentido de la carta que acababa de recibir.

Mientras conseguía sólo irritar su sensibilidad nerviosa y sufrir las mismas angustias que había experimentado aquella tarde en el Retiro, Leoncio, antes de acudir al salón donde estaba citado con la dama de sus pensamientos, volaba hacia el garito en que estuvo, pues tan cierto era lo del club como la cara ofrecida al ingeniero Rojas, y si Monsalvéz llega a aceptar el convite, lo compromete seriamente. Con las ilusiones propias de todo jugador, creía que el billete de Rafael iba a traerle suerte, y se apresuraba a volver a ocupar el puesto que dejó lleno de sombría desesperación.

VIII.

¿Qué era de Floriana, mientras su primo, entregado a mil tristes pensamientos, sentía hacérsele pedazos el corazón como si lo destrozara el engranaje de una rueda?

Sin darse cuenta de la causa, pero iluminada por su viva inteligencia, la joven comprendía un brusco y desfavorable cambio en su destino, y erale tanto más cruel este convencimiento, cuanto que debía disimularlo delante de su padre, pues una intuición misteriosa le advertía que éste no consolaría sus tristezas. Sin verla, sentía pesar sobre sí la mirada inquisitorial del autor de sus días, y hacía esfuerzos sobre-humanos por mostrarse como de costumbre, cuando su mayor anhelo habría sido estar sola para desahogar en lágrimas el insostenible peso que le oprimía el corazón. Así, la comida fué para Floriana verdadero suplicio, y en vano D.ª Justa trató de animar la conversación. Monsalvéz estaba más silencioso y sombrío que nunca, y la niña, que por primera vez desde la llegada de su primo vela desierto el lugar que ocupaba en la mesa, fija la imaginación en aquel extraño suceso, apenas contestaba con monosílabos a las cariñosas palabras de su madre.

Por fin concluyó la hora larga de tormento que todos sufrían: apoyada en Floriana, D.ª Justa tomó el gabinete, y se dejó caer en la *chaise longue*, tan quebrantada de espíritu como de cuerpo, pues aquella novedad la tenía confusa, hasta el punto de que cuanto más pensaba en ello, más se embrollaban sus ideas. D. Pablo, que las acompañaba, leyó un rato, y después pretextó asuntos urgentes, retirándose para encerrarse en su despacho. Pero la joven, juzgando que no era prudente hablar de Rafael con su madre, pues podían ser escuchadas del que las dos amaban y temían, se sentó delante del piano y empezó a repasar una serenata éuscara que tocaba a cuatro manos con su primo, y era la pieza favorita de éste. ¡Harto decía la elección de música donde estaba el pensamiento de la triste Floriana!

¿Qué contraste entre las deliciosas veladas que pasaban los tres reunidos y la que ofrecía aquella interminable noche! Las notas que los temblorosos dedos de la hija de Monsalvéz arrancaban al armonioso instrumento, más parecían suspiros que melodías; inclinada la frente con tristeza, pensaba de continuo en Rafael. ¿Dónde estaría? ¿Cuál podía ser la causa de su pena? ¿No volvería a casa? ¿Qué haría en aquel momento?

En tanto D.ª Justa reflexionaba también sobre el porvenir, que, a pesar de su optimismo, no le parecía de color de rosa; el amor de madre le había hecho leer en el corazón de su hija, y aunque nada dijo, lisonjébase en secreto de una inclinación que, según todos los cálculos humanos, aseguraba la felicidad de aquel ángel querido: verdad que allá en el fondo de su pensamiento destacaba lígubremente el tenaz carácter del jefe de la familia y los extraños caprichos que a veces había indicado; pero como D. Pablo no hablaba nunca francamente, todo era suposiciones y sospechas de que en realidad no debía hacerse caso.

Tampoco el primogénito de los Monsalvéz se hallaba muy tranquilo. La conducta de Rafael le probaba que el padre de éste, conformándose con la carta escrita por él, había significado al joven su voluntad, y el dolor que claramente leía en las facciones de su hija le revelaba al mismo tiempo que la afección que tenía pudiera desarrollarse lo estaba ya, y profundamente arraigada.

¿Qué hacer en tal caso? ¿Consentiría en un enlace que era la pesadilla constante de su vida? De ningún modo. Floriana no tenía edad para estar seriamente enamorada; si se inclinaba a su primo, era por ser el único hombre a quien había tratado; los sanos consejos de sus padres, y sobre todo una pronta separación, borrarían hasta los menores vestigios de aquel afecto. Precisamente esta separación, que aun creyéndose necesaria no se había atrevido a indicar a su hermano, iba en breve a ser un hecho, pues Rafael estaba para examinarse, y una vez concluida la carrera, difícil era que un oficial de Estado Mayor no fuese puesto inmediatamente en activo servicio, según estaban de embrollados los asuntos políticos en España.

Tranquilo sobre este punto, aunque inquieto por la ausencia del sobrino, que aparte de no quererlo por yerno miraba como a verdadero hijo, D. Pablo tomó el abrigo y el sombrero, y, contra su costumbre, pues jamás salía de noche,

recorrió los pasillos, abrió quedamente la puerta, como si fuera a cometer una mala acción, y salió a la calle animado por la vaga esperanza de encontrar al prófugo y restituirlo al único hogar que en Madrid podía considerar como suyo.

Deslizábase el tiempo entretanto con abrumadora lentitud para D.ª Justa y Floriana; de cuando en cuando dirigía ésta una mirada al reloj, y contenía un suspiro, viendo las manecillas inmóviles, a su parecer. ¿Cuánto deseaba la soledad! ¡Cómo le pesaba la máscara de indiferencia que estaba obligada a tener!

Vibró de pronto el timbre de la puerta, y la hija de Monsalvéz se levantó pálida, anhelante, tan trastornada, que tuvo que apoyarse en el piano, pues sentía dolérsela las rodillas. ¡Dios del cielo! ¿habría vuelto Rafael?

— La señora Condesa del Río y su señorita hija — dijo en esto el criado, levantando el portier é inclinándose respetuosamente para dar paso a la anunciada visita.

La decepción de Floriana fué tan grande, que a duras penas logró reponerse y ensayar una débil sonrisa para recibir a las que llegaban. Entraron como una oleada de sedas, encajes y perfumes, y acudieron solícitas a impedir que se levantara D.ª Justa, cuya delicada salud conocían bien todas sus amigas; colmáronla de agasajos, así como a Floriana, que, aun no serena del todo, dejábase acariciar por Lucila, sin responder apenas a las atropelladas frases de la señorita del Río.

Tanto la Condesa como su hija ostentaban deslumbradoras *toilettes* de baile: la de la primera consistía en una deliciosa combinación de terciopelo y brocado verde musgo, sembrado de brillantes; *rivière* y riquísimo prendido de las mismas piedras, que lucían como constelaciones sobre el sombrío color del traje: la de la segunda, de raso y gasa blanca argentada, recogida la falda con ramos de margaritas y lilas blancas también; el peinado muy sencillo, entrelazadas en los rizos algunas flores, y completando el adorno un ramo en el pecho, dispuesto con exquisito gusto.

Nada más fresco y vaporoso que este traje, que hubiera podido ser llevado por la misma hada de la primavera, y que armonizaba maravillosamente con la figura de Lucila, indecisa todavía, a pesar de sus diez y ocho años; hablado combinado tanto más sabiamente la partida de bautismo su constante preocupación era retrasar la salida de bautismo de su hija. ¿Cómo, sin este procedimiento, ostentarse ella joven también? Así, el escote cuadrado y la ausencia de cola probaban que, aun cuando se le permitía asistir a un baile, no debía considerársela mujer, sino niña.

— Aquí nos tienes casi de máscara, para la hora que es — dijo la Condesa a D.ª Justa, dirigiendo una rápida mirada al reloj, que marcaba las diez menos cuarto; — pero como les había prometido traer a Lucila para que la vieran la primera vez que se presentara en sociedad, vengo a cumplir mi palabra.

— Te doy mil gracias por tu amabilidad — repuso con verdadera gratitud la de Monsalvéz, a la vez que sentía vagos remordimientos por la crítica que aquella misma tarde había hecho del desamor de Marta hacia sus hijos, y dispuesta a confesar que se equivocaba en el juicio emitido; — eres muy buena en acordarte de la que vive tan separada del mundo.

— No puedes imaginarte cuánto te complacezco por el aislamiento a que te obligan tus penosos males; pero mucho más complacezco a Floriana, cuya vida en tales condiciones debe parecerle muy triste.

— La costumbre viene a ser una segunda naturaleza — repuso D.ª Justa, sonriendo levemente; — como mi hija no conoce los placeres que ofrece la sociedad, no puede echarlos de menos.

— Es verdad, y te aseguro que algunas veces yo misma me asombro del torbellino en que vivimos; quizás sea preferible ignorarlo, porque una vez puesta en la pendiente, no hay remedio. Pero dejemos filosofías que a nada conducen, y permíteme disculpar mi presencia aquí en estos momentos.

— ¿Acaso tienes necesidad de disculpar lo que nos causa verdadero placer?

— Gracias de nuevo; pero al menos convendrás conmigo en que, sabiendo que os recogéis temprano, tiene mucho de imprudencia visitaros a las diez de la noche; no es, sin embargo, culpa mía; desde las ocho estoy dando prisa a Lucila para venir a pasar aquí un rato antes de llevarla a casa de los señores de Valdés.

— No puedo recordar ese apellido...

— Sí, hija; son los ricos banqueros americanos que hace poco dieron una soberbia fiesta, en que se ocupó todo el Madrid elegante, para inaugurar el nuevo hotel que habían construido en Recoletos; pues bien, las niñas de la casa, y algunas otras compañeras de colegio, han improvisado para esta noche una *soirée*, que promete ser deliciosa: figúrate que sólo se reciben *dansas* de la edad de Lucila, y *caballetos* de la de los jóvenes Valdés, que ahora empiezan sus estudios; un verdadero ensayo para cuando estos apreciables *ballets* de carne y hueso lleguen a personas formales.

Y la Condesa rió de tan buena gana, que si aquel baile fuese efectivamente la reunión de unos cuantos *bebés* de pasta en el escaparate de algún bazar, y no hubiera ni asomo de peligro para ninguno de los que iban a tomar parte en la sencilla fiesta.

— ¿Y vas a presenciar los primeros triunfos de Lucila en ese asunto de sociedad? — preguntó D.ª Justa, mientras pensaba muy acertadamente que le parecía la Condesa demasiado *vestida* para un baile de niños de diez y ocho a veinte años.

— ¡Yo! ¡quita, quita, mujer! ¡sólo a ti podía ocurrírsele tal cosa! La *soirée* de casa de Valdés está presidida por la esposa del banquero, que vela por las invitadas al par que por sus hijas; ¿qué falta hacen allí el resto de las madres? Yo voy al Real, donde irá a buscarme el Conde cuando salga del club, y una vez terminada la ópera, nos trasladaremos al baile de la Embajada rusa.

— Entonces Lucila...

— Lucila saldrá de casa de Valdés casi a la hora en que llegará yo a la Embajada; es decir, que termina su fiesta cuando empieza la mía. Ya he dado orden a la institutriz para que vaya a buscarla cerca de las doce.



9 y 10.—Vestido para niñas y niños de 3 a 5 años. Delantero y espalda.



8.—Sombrero redondo.



11.—Trajo para niños de 8 años.



12.—Vestido de recepción.



13.—Trajo de casino.



14.—Traje de campo. Espalda.
Véase el dibujo 16

15.—Traje de calle.

Copyright, 1894, by Harper and Brothers.

Al oír á su amiga, D.^a Justa tornó á reconciliarse con las ideas que antes creía exageradas; Lucila quedaba sola entre una sociedad casi desconocida, sin nadie que vigilara sus impresiones ni previniera los riesgos, caso que los hubiera. ¿Y merecía tan frívola mujer el nombre de madre, cuando ignoraba por completo los deberes que trae consigo? Mientras la Condesa bajaba la voz para referir á la esposa de Monsálvez las más recientes anécdotas de sociedad, y aprovechaba la ocasión que ellas le ofrecían para criticar du-

ramente á otras madres que no eran ni peores ni mejores, sino iguales á ella, D.^a Justa procuraba en vano llevar hasta el fondo de aquel cerebro, lleno del humo de la vanidad y las lisonjas del amor propio, una idea medianamente razonable; mas desde el primer ensayo hubo de confesarse vencida. La Condesa del Río estaba ciega de soberbia, y esta ceguera es incurable.

En tanto que las dos señoras conversaban animadamente, Lucila, de pie junto al piano, donde había hecho sentar á

Floriana, dirigía sus miradas á un espejo, que las reflejaba á las dos, y hacía comparaciones entre una y otra: en justicia se veía muy bella, y sobre todo admirablemente vestida; pero, aunque la verdad la humillara, reconocía mentalmente la superioridad de la hija de Monsálvez, no sólo en hermosura, sino en algo que Lucila no podía descifrar, y era simplemente la aureola de virginal inocencia que resplandecía en el semblante de Floriana.

La señorita del Río miró disimuladamente hacia donde se

hallaban las dos madres, y segura de que no se ocupaban de ellas, se inclinó al oído de su amiga, y le preguntó muy bajo:

—¿Y tu primo?

Vibraron tan dolorosamente estas frases en el corazón de Floriana, que por algunos momentos no supo qué contestar; al mismo tiempo le extrañaba sobremanera el tono confidencial que empleaba Lucila, pues tenían las dos jóvenes tan poco trato entre sí, que nada justificaba semejante pregunta.

—Dicen que siempre se halla con vosotras—prosiguió impacientemente la hija de la Condesa.—¿cómo es que no lo veo?

—Salí esta tarde—balbuceó al cabo Floriana, sin saber qué responder.

—No consentas escapatorias—añadió en tono de Mentor la del Río.—son tan olvidadizos los hombres!

¿Qué mal correspondían aquellas frases pesimistas y la experiencia que revelaban, con el cándido traje y las nevadas flores de la adolescencia! A pesar de todo el cuidado de la Condesa, la mujer aparecía bajo los adornos de inocente colegiala.

—Si no procuras hacerlo ahora esclavo de tu voluntad, te prevengo que nunca llegarás á conseguirlo—prosiguió sentenciosamente Lucila, mientras la prima de Rafael la miraba con tan profundo asombro como si la oyese hablar en chino.

—La verdad es—añadió la del Río, despechada porque juzgaba el silencio de su amiga falta de confianza—que soy muy tonta en darte consejos, cuando tú puedes dar lecciones, según el triunfo que has conseguido.

—¡Yo!—exclamó Floriana con la sorpresa natural de quien oye afirmar hechos completamente inexactos.

—Mira, hija mía, disimula con quien sea preciso; pero no me niegues lo que sabe todo Madrid.

Y sin darle tiempo de contestar, añadió:

—¡Dichosa tú que vives entre flores y no temes hallar espinas en el camino! Ser amada por una persona de las condiciones que todos alaban en Monsálvez, debe considerarse verdadera gloria de la tierra; y si á esto se une (como no puede menos de unirse, pues tu familia le trata como á hijo) la aprobación de todos, ¿qué más sería permitirlo querer?

—¿Pero quién te ha dicho.....?—lo que ignoraba yo misma, iba á preguntar Floriana; mas la detuvo á tiempo el súbito rubor que le abrasaba el rostro.

¿Sería ilusión de sus sentidos, ó realmente escuchaba á Lucila dar por ciertas unas relaciones que jamás habían existido entre ella y Rafael? Luego aquella dulce simpatía que les inclinaba á estar reunidos todo el tiempo que les era posible, aquella unión de voluntad que ligaba sus dos almas, ¿era lo que en lenguaje corriente llaman amor?

—¿Que quién me lo ha dicho?—prorrumpió la hija de la Condesa.—¿pues hay algo más público que nuestro cariño? ¿No hace tres años que vivís consagrados el á ti y tú á él? ¿No es voz general que apenas termine su carrera dará parte tu familia de tal compromiso, y sólo tardará en efectuarse vuestro matrimonio el tiempo que ella juzgue necesario? En fin, para decirte lo todo: ¿sabes cómo llaman á ustedes, así los condiscípulos de Monsálvez como mis amigos? Julieta y Romeo. ¡Vaya, picarilla, no me mires con esos ojos de asombro; parece que te hablo de encantamientos; disimulas tan perfectamente, que engañarías á cualquiera; pero á mí no, hijita, que estoy bien informada.

Y antes que Floriana abriese los labios para responder, agregó vivamente:

—A la verdad no eres curiosa, pues ni siquiera preguntas quién me da detalles de los asuntos que tú crees tan reservados. ¿Conoces á Leoncio Suárez?

Floriana hizo un leve gesto de negativa.

—Es un chico sumamente simpático, listo si los hay; hijo único de una opulenta familia andaluza, y condiscípulo de tu primo; á él debo estar siempre al tanto de lo que sucede en la corte.

—¿Visita en tu casa?

—¡Calla, inocente! ni le han oído nombrar nunca.

—Entonces, ¿cómo puedes tratarlo?

—Por escrito y á hurtadillas, pues no tengo la fortuna que tú tienes, que es ver á todas horas al objeto de tu cariño. ¡Ay, Floriana! para ser lo más dichosa que es posible en el mundo, ni aun te abruma el insoportable peso de una institutriz, que, cuando menos lo piensas, viene á silbarte al oído un *mississ...* capaz de crisparte los nervios. Es detestable que juzguen niña á una siendo mujer, ¿no es verdad?—agregó con sorda irritación Lucila, que, sobrescitada por las emociones del primer baile á que iba asistir, hablaba sin conciencia de lo que decía, y mostrando el indomable carácter que nadie hasta entonces se había tomado el trabajo de dirigir.—Te aseguro que odio con toda mi alma á esa inglesa, que es la sombra negra de mis mayores alegrías. ¿Cuándo me librarán de ella? ¡Dios lo sabe! Mamá no consiente por nada que se vaya, y miss Butler, que era quien debía despedirse, pues hártala convencida está de que sólo sirve de estorbo, sufre por las ventajitas que le tiene. ¡Y cuidado que no le faltan mortificaciones, pues hasta mis hermanos, que la quieren poco más ó menos como yo, se encargarán de echarle pimienta en el chocolate y azúcar en la ensalada. ¡Si vieras qué visajes hace cuando prueba los manjares así condimentados! ¡Vamos, hay motivo para reír como una loca!

Y en efecto, Lucila se echó á reír con tan infantil alegría, que dió motivo á que su madre dijera á D.ª Justa:

—¿Pero no oyes? ¡Si parece una chiquilla de doce años!

No habría ciertamente emitido tal opinión si escuchara las confidencias de Lucila.

—¡Vamos, hija!—añadió la Condesa, escandalizada al ver que el reloj marcaba las once menos cuarto.—Una hora hace que estamos aquí, y si no marchamos pronto, apenas te queda otra de diversión.

—Eso quiere mamá—susurró Lucila al oído de Floriana;—pero se equivoca si cree que voy á retirarme á las doce, cuando sé que Leoncio no va hasta después de la una; ¡tres meses hace que aguardamos esta fiesta improvisada para hablar de nuestro porvenir!

—¿Pero y si tu mamá sabe.....?—balbuceó la hija de Monsálvez, asustada de aquella desobediencia, con circunstancias agravantes de premeditación.

—No lo sabrá—repuso la niña con aire malicioso;—volverá á casa ya de día, y para esa hora hará lo menos tres que yo estoy acostada; miss Butler, que era quien podía decirlo, callará como muerta, pues no quiere ponerse mal conmigo. ¡Cuidado, eh! no digas á nadie, ni aun á Rafael, lo que te confío; es un secreto más grave que de Estado.

Y abrazando á Floriana y despidiéndose de D.ª Justa, la Condesa y Lucila salieron del gabinete, acompañadas de la joven, que aun no acababa de convencerse si era realidad ó sueño lo que había escuchado.....

ISABEL CHEIX.

(Continuación.)

AL BORDE DEL ABISMO.



CERCÓSE Gustavo á la verja, y juntando las manos en actitud de súplica, pronunció en voz baja, pero firme, estas palabras:

—Te esperaré hasta las seis..... Si no vas, me mato..... ¿Irás, Eugenia?

—Iré—murmuró débilmente la joven á quien se dirigían aquellas palabras, cubriéndose el rostro con las manos.—Iré..... puesto que me amenazas con matarte si no consiento en esa cita..... Pero ahora, por piedad, retráete, que tengo necesidad de estar sola..... ¡Oh, Dios mío! ¡Es bien culpable lo que prometo!

Gustavo no se alejó, y Eugenia, todavía cubriéndose el rostro con las manos, dejóse caer en una mecedora, situada bajo toldo de jazmines y laureles.

La escena que describimos en las anteriores líneas ocurría en el mes de Junio del año 188....., en un hotel madrileño, y la verja del jardín separaba á los dos interlocutores: ella, Eugenia, era una preciosa morena de ojos de fuego, y él, Gustavo, un joven ingeniero de fisonomía inteligente y varonil apostura.

Pero Gustavo no se alejó: el dolor de Eugenia le llegaba al fondo del alma, porque era una acusación tácita que le dirigía aquella mujer á quien tanto amaba.....

El, con su amor exigente, pretendía turbar la tranquilidad de la esposa, de la madre, mejor dicho, casta, serena, dignísima, que desconocía las tempestades del corazón humano cuando le domina y subyuga una pasión frenética; él la amaba y la fascinaba con las ilusiones del pasado y con las esperanzas de una dicha inefable, para siempre desvanecidas.

Porque Eugenia y Gustavo se habían amado, cuatro años antes, y sin duda habían santificado su amor al pié de los altares, uniéndose con el dulce y eterno lazo del matrimonio, si el ingeniero no hubiera sido destinado á Filipinas, con urgencia, para asuntos importantes del servicio; y entonces los padres de Eugenia, ricos y á la vez ambiciosos, concedieron la mano de su hija al noble Marqués de Rocaodrera, y ella aceptó, dando al olvido su antiguo amor, deslumbrada por el fausto y la opulencia.

Pero al volver de Filipinas el ingeniero Gustavo, la joven Marquesa, que vivía tranquila al lado de su esposo, sin amor, mas con dignidad, sintió que su corazón se despertaba de un glacial letargo, y se rebelaba contra el inexorable destino que la había encadenado á un hombre á quien no amaba..... ¡Todos sus ensueños de ventura, todos los ideales que había acariciado en su fantasía de niña enamorada y candorosa desvanecidos y disipados para siempre!

Ella, la esposa fiel y honradísima, la madre irreprochable y digna, miraba con horror al fondo de su corazón, y rogaba á Dios que le prestase amparo, que le diera fuerzas en sus vacilaciones, que le apartase con su diestra poderosa del borde del abismo.

Pues entonces, ¿por qué había consentido Eugenia en acudir á la cita de Gustavo?

¿Por qué? ¿Pues no habría sido culpable, no consintiendo, del suicidio de su amado?.... Y además, aquella cita sería la primera y la última, y volvería de ella tan digna y pura como antes, y con la palabra de honor, que empeñaría su amado, de no atentar contra su propia vida, y respetar los designios de la Providencia.

¡Pobre Eugenia!

La campana del hotel resonó en el ámbito del jardín, y despertó de sus angustiosas cavilaciones á la joven Marquesa: era la hora de almorzar, y Eugenia se levantó al punto, y dirigióse al hotel por las avenidas del jardín, flanqueadas de árboles frondosos y arbustos esmaltados de flores.

Suspiró con desahogo al entrar en el comedor; besó á su hermosa hija, un angelito rubio y sonrosado que la ciñó el cuello con sus rechonchos brazos; presentó la frente á su marido, quien la besó ceremoniosamente, y la hizo estremerse bajo la glacial impresión de aquel beso.....

¿Qué almuerzo más triste! A los postres, la Marquesa expresó que sentía cierto malestar, y se retiraba á sus habitaciones; el Marqués indicó que tenía empeñada en el Casino una partida de ajedrez, y mandó enganchar la berlina azul; el aya de la niña pidió permiso á los señores, que se le otorgaron, para llevarla á pasear por el parque, hasta la hora del crepúsculo.

A las seis, el hotel estaba solitario, y Eugenia bajaba al jardín, entreabierta la puerta de la verja y entraba en las sombrías alamedas del parque.

En Junio, á las últimas horas de la tarde, la Naturaleza parece como que experimenta grata sensación de alivio y consuelo, después de la lluvia de fuego que el sol la ha enviado en las horas meridanas.

Eugenia entró en el parque temblorosa, vacilante: sabía que allí, en el fondo de oscuro bosquecillo, ante la puerta de un pabellón solitario, la esperaba Gustavo, su antiguo amante, su primer prometido.....

¡Desdichada Eugenia! Caminaba hacia el abismo, lo sabía, y encontrábase sin fuerzas para volver atrás; y caminaba

casi tambaleándose, paso á paso, moviendo con sus pies la amarillenta arena y la seca hojarasca de las avenidas y calles del parque.

Llatian fuertemente sus sienes, zumbaban con rumor agudo sus oídos, palpataba con ruda violencia su angustiado corazón, y sentía como voces de amenaza en los ruidos que llevaba la dulce brisa de la tarde en sus invisibles alas: el choque de las ramas de los árboles, el gorjeo de los pájaros, el zumbido de los insectos, el murmullo del arroyuelo que se deslizaba allí cerca, entre márgenes de flores.

Y caminaba todavía lentamente, murmurando alguna vez, mientras alzaba la mirada al cielo:

—¡Dios mío, protégeme!

De pronto, al doblar una callejuela del parque, la callejuela que terminaba en el bosquecillo y en el pabellón solitario, una voz dulcísima la hizo detenerse, apoyarse en el tronco de un árbol, lanzar un grito de espanto y también quizá de esperanza.

—¡Mamita, mamita!—decía aquella voz deliciosa.—¿Vas á pasear? ¡Llévame contigo! ¡Yo quiero acompañar á mi mamita!

Era la voz de su hija, de su hija adorada, que se dirigía corriendo hacia ella, con los brazos abiertos, y cuyos ojos limpidos, ingenios, sonrientes la miraban con expresión de filial cariño.

Y Eugenia, detenida al borde del abismo por el eco argentino de la voz de su hija, estremeciéndose de horror, y rechazó bruscamente al ángel rubio que la cogía del vestido, y la besaba las manos, y anhelaba subir hasta su cuello para ceñirse amorosamente con sus brazos.....

¿Cuánto se oscurecieron los ojos de la inocente niña al ser rechazada por su madre!

Pero Eugenia se arrepintó al instante del acto irreflexivo que había ejecutado, levantó en los brazos á su hija, besóla fuertemente en los ojos, en las mejillas, en los labios, en los dorados bucles que rodeaban su garganta, y estrechándola febrilmente sobre su corazón, como si quisiera que fuese un escudo protector, sentóse con ella en el césped, y rompió á llorar, á llorar en silencio, dejando caer las lágrimas sobre la cabecita de la niña.

Y ésta, arrullada por las tiernas caricias de su madre, inconsciente del dolor que se desvanecía con el llanto y al amparo de su inocencia, durmióse poco después con tranquilo sueño en el regazo de su madre.

¡Eugenia estaba salvada! Cuando secó sus ojos y levantó su rostro pálido y bello para enviar al cielo una mirada de gratitud, resplandeció en su frente la luz de una resolución inquebrantable: sonrió á su hija, alzóse con mucho cuidado para no despertarla, mecíola unos momentos, y con ella, con aquella dulce carga en su regazo, echó á andar paso á paso, pero con firmeza, sin vacilaciones, sin desmayos, hacia el domicilio conyugal.

Subió al cuarto de la niña, desnudóla ella misma, la acostó en su cunita y veló á su lado hasta la hora de la comida, como en los primeros días de sus goces maternales.

Al día siguiente el ingeniero Gustavo partía otra vez para Filipinas, y se alejaba de Eugenia para siempre, convencido de que ya no la amaba.

Eugenia vive tranquila y feliz, con su marido y la hija de sus entrañas..... aquella hija adorada que la había detenido al borde del abismo.

MARÍA MARZARÍ.

ABNEGACIÓN.



A casa del pescador, en que había entrado á descansar, denotaba la felicidad de aquella familia; y pues la felicidad no es incompatible con la pobreza. Antonio, como su mujer y su hijo, me ofrecieron con la mejor voluntad cuanto en la casa había, ofrecimiento que yo agradecí, exponiéndole á la vez cuánto envidiaba la felicidad que parecía disfrutar.

—Sí, señor—me contestó;—y mi dicha sería completa de no llorar la pérdida de un amigo, á quien quería como á un hermano. ¡Es toda una historia!

—¿Podría yo conocerla?

—Pues no! Hasta me sirve de consuelo su recuerdo.

Y el pescador comenzó el relato siguiente:

—Hace diez y ocho años, Esteban y yo éramos como dos hermanos: no podríamos habernos querido más, aun siendo hijos de la misma madre. A los doce años ayudábamos á los pescadores, á bordo de sus barcas, para ganarnos algunas monedas, y poco después abrazábamos á nuestras familias y nos lanzábamos á largas navegaciones. Seis años después, nuestra aldea veta regresar dos grupos marineros, que éramos nosotros: Esteban, derecho como un pino, brazo de hierro, corazón leal, alegre y resuelto..... yo, yo no era de los más feos.

Todo á mi vuelta me pareció próximamente igual á nuestra partida, con sólo una excepción, Juanilla, la hija del guardacostas. Habíamos dejado una chiquilla delgaducha, y encontré una muchacha alta y graciosa, capaz de volver loca á toda una tripulación. En consecuencia de lo cual me hice muy amigo del padre, y me pasaba horas enteras oyéndole referir historias y contemplando los ojos de la hija.

Esteban iba también algunas veces.

Una noche en que éste y yo nos encontramos sentados junto á una ventana de mi habitación y bebiendo, dije yo, alzando mi copa:

—Esteban, ¡á la salud de la mujer elegida por mi corazón!..... ¡A la salud de Juana!

Esteban palideció, y se levantó conmovido y tembloroso. No fué necesario más para mí; lo había comprendido todo.

—Compañero, ¡tú la amas!

—¡Pardiez!
Permanecemos así un momento en pie y mirándonos fijamente. Después ofreci á Esteban mi mano, que él estrechó.
—Hermano—le dije—háblala tú primero.
—No, no.....dijo balbuciente.
Pero después aceptó.

Al siguiente día no vi á Esteban hasta por la noche. Paseábame por la playa mirando las velas del mar y las estrellas del cielo, y pensando en Juana y en lo que sería de mí si consintiera en casarse con Esteban, cuando vi llegar á éste, pálido y con los ojos sombríos.

—Compañero—exclamó—no me quiere á mí..... ¡Dios la haga dichosa! Ahora te toca á ti.

—Sí, sí; ahora á mí.
Debo confesar que hubiera preferido correr una borrasca. Al día siguiente tomé mi partido, y con la vela al viento, y boga que bogas, me dirigí á la casa del guardacostas.

Pero una vez junto á ella, ¡adiós mi valor! Estuve dando vueltas alrededor de la misma, y espionando por las ventanas. Juana estaba allí, sola y remendando un chaquetón de su padre.

Hice un esfuerzo, y abriendo la puerta me dirigí en derechura á la joven.

—Buenas tardes, Juana.
—Buenas tardes, señor Antonio.
—Pues..... bordeaba por aquí, y he pensado amarrar un momento.

—Mucho se alegrará padre de verle..... Síntese, señor Antonio, que no tardará en venir.—Puede usted creer, caballero, que estaba sin aliento.
—Bueno, Juana, si no molesto, quedaré un rato hablando con usted.

Juanita, con los ojos bajos, proseguía trabajando, y así permanecimos durante un cuarto de hora. Aquello no iba bien, y me levanté exclamando:

—¡Hace calor!
Juana me miró con aire de asombro, pero guardando silencio.

—¡Calor!—repetí.
Parecía ella también agitada, pero se repuso y dijo:
—Sí, es verdad.
—Me vuelvo á casa..... Buenas tardes, Juanita.

Me suplicó que esperase algunos momentos á su padre, pero yo comprendía haber adelantado mucho en mis asuntos, por lo que hice rumbo á mi casa. Mi hermana, que estaba al corriente del asunto, me esperaba, y así que la referí lo ocurrido, se alzó de hombros, me llamó canario, idiota, pontón desmantelado, ¡qué sé yo cuántas cosas agrias!..... y me envió al amanecer del siguiente día á casa de Juana. A pesar de mi resistencia, mi hermana me encajonó el cuello en un cuello viejo de camisa de mi padre, tan almidonado, que me hacía igual efecto que si fuera de hoja de lata.

Llego, entro, me siento en la misma silla que el día anterior, pero infinitamente más desgraciado, por aquel endemoniado cuello. Es igual; reuno toda mi energía, y digo:

—Juana, Esteban y yo hemos convenido..... El es un buen marinero, bien conocido por su firmeza, su carácter, su sobriedad..... bravo como un león, como todos saben, y dócil como un cordero, por lo que cualquier muchacha sería feliz con él, que.....

Habia lanzado todo aquel discurso de un tirón, á pesar del cuello, que me serraba la garganta, y me detuve de pronto, reflexionando lo ridículo que resultaba enjaretar el elogio de Esteban, cuando sólo debía decir: ¿Quiere usted ser mi mujer?

—¿Viene usted en nombre de Esteban?—me preguntó Juana, levantando la cabeza con orgullo y temblándole los labios.

—No, Juana—respondí entonces—vengo á decir á usted que la amo, y que si usted piensa en elegir un compañero, estoy dispuesto á hacerla mi esposa..... mi esposa mimada, querida y protegida hasta la muerte.

Más hermosa que el capullo de una rosa, y con lágrimas en los ojos, la joven me dijo:

—Acepto.
Y la abracé con transportes de alegría, aunque el demonio del cuello almidonado me estaba cortando las orejas.

La misma noche le dije á Esteban:
—Ya tengo la paloma; pero no basta: necesito para el palomar. ¿Me acompañas á otro viaje?

—Sí.
Y á los dos días volvimos á buscar á nuestro patrón, y nos hicimos á la vela persiguiendo al dinero; y togré bastantes monedas de oro, de las que debían contribuir á la felicidad de mi novia.

Nuestra expedición tocaba á su fin, y una noche íbamos á entrar al puerto con fuerte brisa. El cielo estaba cubierto y el horizonte amenazador.

—Antonio—me dijo Esteban, con los ojos dirigidos hacia tierra—si no cambia el viento, veremos pronto la luz de la casa.

—Es cierto.
—¿Y sabes que he pensado muchas veces que de naufragar, como tantos otros de nuestros compañeros, quisiera que fuese en esa costa brava donde antiguamente buscábamos almejas..... detrás de las ventanas de Juana?

—¿Por qué esas ideas lúgubres?

—Mira.
Y su dedo señalaba al cielo, negro como la tinta. Por minutos se sentía arrear el viento, uniendo á este ruido el de voces y lamentos. No habíamos cambiado más palabras, cuando se oyó un silbato agudo.

—¡Todo el mundo al puente!
La tempestad se desencadenaba, y los marineros más viejos no veían remedio, en tanto que el patrón se mordía el bigote.

De repente brilla el relámpago, y se desprenden numerosas exhalaciones.

Luchábamos valerosamente, pero el abismo reclamaba un barco más y numerosas víctimas. De pronto se sintió un estremecimiento general de proa á popa.

—Antonio!—dijo Esteban—¡hemos chocado con las rocas!

La voz del patrón gritaba:
—¡Fuera del puente todos!..... ¡Chalupa al agua!
Fué su última voz de mando, porque una ola se lo llevó.
Los más ligeros se arrojaron sobre la canoa, que á los pocos golpes de remo se hundió.

Esteban, yo, y todos los demás mirábamnos ansiosamente á la costa, donde se distinguía el brillo de antorchas, reuniéndose en un solo punto, junto á una barca.

Los valientes pescadores consiguieron lanzar al agua la lancha de salvamento. ¡Bravo!

Envueltos por las olas unas veces, y otras llevados sobre ellas á grandísimas alturas, veíamos á los amigos de la aldea que se iban acercando, que llegaron por fin á nuestro lado. Todos saltan á la lancha, menos Esteban y yo.

—¡Sitio para uno!—gritan los compañeros.
—Tú, Esteban—dije;—y dile á Juana que la amé hasta morir.

Le quiero arrancar del barco naufrago, pero luchó desesperadamente y sin conseguirlo.

—No, Antonio, no; sálvate tú, á quien ella ama..... Y además, así es el sitio que yo soñaba, y con la bendición de Dios.....

No volví á escuchar su voz; un trozo de madera me tendió medio muerto sobre cubierta. Después me contaron que Esteban me cogió en sus brazos, me besó en el rostro, y me entregó á los de la lancha.

Antonio se detuvo, y después de algunos momentos de silencio, prosiguió:

—Le volví á ver en la playa, entre los guijarros, con su valeroso corazón helado para siempre..... y cayendo de rodillas, lloré, lloré largamente, mientras el sol del nuevo día iluminaba el rostro de aquel hombre que había sacrificado su existencia por salvar la mía.

AUTORA.

CARTA CELESTE.

¡Madre del alma! De mí
Por esta carta sabrás,
Pues si en el cielo no estás,
Nadie podrá estar allí.

Así se cumple el anhelo
Que abriga tu pobre hijo;
Por eso, al fin, te dirijo
Esta mi epístola al cielo.

No cesa en mí la aflicción
De tu terrenal partida,
Y aun mana sangre la herida
De mi triste corazón.

No terminan mis congojas,
Pues mi hogar entristecido,
Sin ti, me parece un nido
Sin calor, árbol sin hojas.

Cuando la angustia me altera
Ó me invade una alegría,
Te recuerdo, madre mía,
Y murmuro: ¡Si viviera!

Cuántos y cuántos consuelos
Con ella pude tener,
¡Ay! si llega á conocer,
La pobre, á sus nietezuelos.

Mas tú, madre idolatrada,
Los ves, y me ves á mí,
Y á más nos bendices, sí,
Desde tu eterna morada.

Cuando á la oración invita
El templo, con dulce abrigo,
Siempre á mis hijos les digo
Que recen por su abuelita.

Y en esta pura oración
De mis ángeles, de fijo,
Verás, también, de tu hijo
Pedazos del corazón.

Yo voy de mi muerte en pos
Y en tu interés confío.....
Tengo sin tu mucho frío.....
Hasta luego, madre..... ¡adiós!

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.

MADRIGAL.

Estando yo á tu lado cierto día,
Provocé con lisonjas tus sonrejos.
¡Qué hermosísima estabas, Laura mía,
Y cómo de tu amor diéronme atojos!
No mentaría, no, si te dijera
Que esclavo tuyo siempre..... siempre fuera.....
Pero ¡ay de mí! ya el labio
Decírtelo no puede sin agravio.

LEOPOLDO PAREJO.

Puente Genil.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigiéndonos las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en carta anónima, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

À QUATRE DEMOISELLES.—Si; se llevan mucho las telas negras, generalmente de crespón de lana con rayas ó lunares de seda rosa, azul, malva, etc.

Es elegante el pliegue Watteau para paseo, pero más para teatro y soirée.

Esa palabra es nombre de un pintor, y se pronuncia como usted cree.

Todavía se verán este verano algunos sombreros de los que indica, aunque muy pocos.

En nuestro número del 6 de este mes encontrará un precioso modelo de bata de verano, que puede servirle de guía lo mismo por su hechura que por su tela y adornos, pues todo ello es elegantísimo (grabados 21 y 22).

Lo más bonito son los pecheros de muselina ó crespón de colores claros. Encontrará un modelo precioso en el mismo número del 6 de Mayo (grabado 17).

Guantes de seda gris, beige ó del color del vestido, y guantes de piel de Suecia en colores claros.

El traje á la marinera estará bien á esa niña, pero el sombrero debe ser como el modelo del grabado 26 en el citado número del 6 de Mayo.

Es bonita esa tela para traje de baile con viso rosa, azul, verde agua ó malva, que sirva de forro á la falda de *surah* ó gro de armar.

Aconsejo para este traje la hechura del grabado 22 de nuestro número del 30 de Mayo, y no hay inconveniente en que añada el pliegue Watteau. Manga como el modelo; lazo de cinta en la cabeza, del color del viso.

En el presente número verá trajes de convite, teatro y recibir, y verá cómo se usan las mangas.

Para paseo, la falda va rozando el suelo, y para salón, con media cola.

No se generalizan los pajes.
Los dos sombreros que indica los llevan las señoritas de esa edad.

Para paseo, media negra ó obscura, y para baile, del color del traje.

À UN CAMATEUR DE STRAUSS.—Para refrescar los ojos, ponga en el agua de lavarse por la mañana unas gotas de limón, y lávese también así al recogerse.

No conozco ningunos polvos que no se caigan.

Para las otras preguntas, haga el favor de leer mi contestación *À una Andaluza*, en el mencionado número del 6 de Mayo, y siga las prescripciones que allí se hacen.

No está bien que siga hablando toda la noche, y debe, con cualquier pretexto, cambiar de sitio.

Se llevan enaguas de seda y batista lisa, ó con flores adornadas de encajes, volantes de tul ó *ruches* picadas.

En otros varios números hemos publicado modelos; sírvase examinarlos.

À D. D. V.—Tengo el gusto de darle, como desea, la receta para hacer merengues.

Se baten seis claras de huevo, hasta el punto de nieve muy dura, y se preparan 500 gramos de azúcar blanca y tamizada, formando con ella un almirar en punto, y sazonándolo con algo de vainilla; después se agrega al jarabe las claras de huevo, poco á poco, y revolviéndolo siempre, hasta que se forme una pasta bastante sólida para modelar los merengues en forma oval, con una cuchera, colocando cada uno de aquéllos sobre hojas de papel blanco; en seguida, colocados ya en los papeles, se meten en el horno, cuyo calor deberá ser moderado, y durante la cocción, que durará de veinticinco á treinta minutos, se cuida de que no tomen demasiado color ni adquieran el gusto de quemados; después se retiran del horno, y cuando estén ya fríos, se moja ligeramente el revés del papel para que éste se desprenda fácilmente.

Dentro de cada merengue se pueden colocar algunas fresas ó guindas en dulce.

À MAGNOLIA.—Estará perfectamente á esa señorita el color del traje de cuya tela me envía muestra, y para hacer éste, debe guiarse por el grabado 22 de nuestro número del 30 de Mayo próximo pasado, adornándolo con guipur de Irlanda; y el cinturón de *surah* del mismo color de la muestra, un poco más fustado.

Los vestidos á bies necesitan de tres á tres varas y media de vuelo.

À D. E. ELVIRA A.—Los grabados 33 y 34 de nuestro número del 30 de Mayo son de hechura muy á propósito para los trajes del niño de tres años y la niña de cinco, que puede adornar con entredoses y canesú de encaje, guipur grueso, color crudo.

La otra carta de que habla no se recibió.

À MADRESELVA.—Para diario se llevan indistintamente cinturones de cuero ó de cinta, con lazos. Casi todas las señoras los usan de las dos clases, y así varían el aspecto de un mismo vestido.

El traje de crespón estará sumamente elegante si se guía por el grabado 23 de nuestro núm. del 6 de Mayo, y lo hace de la misma hechura, adornado con encaje negro de Chantilly.

Los zapatos que indica se llevan, pero son más elegantes los de fina inglesa anudados con un lazo de cinta negra. Precisamente á las señoritas delgadas les hace mejor el cuerpo con cinturón; sin embargo, si es que no le gusta puede elegir para viaje el grabado 10 de nuestro número del 14 de Mayo, y para el traje de percal la fig. 20 del número del 30 del mismo mes.

Haga el favor de leer mi contestación *À Flor de Alba*, en este mismo número, y verá los sombreros que más se llevan para señorita.

À UNA ECONÓMICA.—En nuestro número del 6 de Mayo hemos publicado un traje de blusa muy á propósito para la niña de doce años. La falda debe hacerse en batista rosa, lisa, y adornarla en todo alrededor con un entredós de encaje crudo, lo mismo que la blusa.

Para la otra niña de trece años la aconsejo la fig. 29 de nuestro núm. del 6 de este mes, haciendo la falda, corselete y puños en la tela azul (de la muestra), y la blusa, que va



17 y 18.—Chaqueta de luto. Espalda y delantero.



21.—Vestido para jovencitas.



19 y 20.—Chaqueta de verano. Delantero y espalda.



16.—Traje de campo. Delantero.
Véase el dibujo 74.



22.—Traje de paseo.

metida por dentro, de batista á rayas ó cuadros blancos y azules.

Tirantes de cinta de raso azul marino.

Á D.^a A. A. DE M.—Los patrones del traje *Princesa* (número 41 del 6 de Mayo) pueden servirle para bata, pues son exactos, suprimiendo únicamente el adorno del delantero, puesto que la quiere lisa.

Para manga y cuello vuelto puede sacar el patrón de ambas cosas en los patrones correspondientes al grabado 26 de nuestro número del 6 de este mes.

Á HORTENSIA.—Debe echar en dos litros de agua una cucharada de bórax (de las de café); y el bórax da el mismo resultado comprándolo en grano y reduciéndolo después á polvo.

Para evitar que la cara se tome del sol, dése todas las noches, al recogerse, clara de huevo batida á la nieve.

No deje de lavarse con agua de salvado, aunque use el bórax.

¡Ah! Goudodomar sin ti!...—El azul es más propio que el crema para adornarlo con negro; así es que yo la aconsejo le haga como la fig. 22 de nuestro número del 30 de Mayo, poniéndole, como adorno, corselete, peto y puños de terciopelo negro; y el de la señorita de veinte años, como el grabado 33 del número del 6 de Mayo, con cascada de encaje negro.

Para el rosa pueden aprovechar el encaje que tiene, poniéndolo, una, en la forma en que está el grabado 20 del número antes indicado, y otra, como la fig. 4 de la *Revista Parisiense* del mismo número. Si quieren que los vestidos se diferencien más, pueden cambiar y adornar, una el rosa con negro, que es también muy bonito, y el azul con el encaje que tienen, y la otra hacer lo contrario.

El traje rosa sirve para baile, casino, etc.

Los trajes blancos deben adornarlos también de blanco, uno con *ruche* picada, peto y mangas de siciliana ó *surah* blanco, como el figurin iluminado del 14 de Mayo, y otro sólo con cintas de raso blanco, como la fig. 2 de la *Revista Parisiense* del 6 de Mayo.

Cualquiera de los tres trajes pueden servirles para la calle, pues este verano se llevarán muchos trajes claros.

Esa señorita no debe llevar mucho al cuello.

Para el traje rosa, guante de color de piel de Suecia, muy claro.

Prefiero zapato de tafleté negro, por ser más elegante. Debe poner la cola que roce el suelo.

Á C. F. F.—Lo más á propósito para esa señora es una esclavina de encaje, ó un gabancito también de encaje, muy flojo por delante.

Á UNA SUSCRITORA.—Voy á darle, según la prometí, la *receta de brillantina*: ésta se compone de glicerina pura, perfumada, á la que se incorporan algunas gotas de anilina; se pone después en un tarro, y se usa con un cepillo al tiempo de peinarse.

Es muy sencilla de hacer, y completamente inofensiva.

Á UNA MORENA.—No hay inconveniente en que una señorita joven use la blusa rosa en la forma que me explica, pues es elegante; sólo que con corselete de terciopelo negro le hará más de vestir, aunque esto no impide que esté bien de la primer manera.

Los cinturones de piel se llevan sólo para diario y trajes de mañana.

Para paseo y calle se lleva poca cola, nada más rozando el suelo.

Á FLOR DEL ALBA.—Esa tela es muy elegante para viaje y también para traje de playa en días frescos.

En el traje de jardín debe hacer la blusa de *surah* azul marino á tablitas, con canesú de encaje en redondo y sujeta en la cintura con cinturón y *choux* en el lado izquierdo de cinta de faya azul marino.

Sombrero como indica, con cinta escocesa blanca y azul. En efecto, la leche pura es excelente para el cutis: lávese con ella al tiempo de recogerse, y al día siguiente, por la mañana, con agua fresca.

Los sombreros de paja son más elegantes que los de encaje, y se llevan indistintamente blancos ó negros; pero sobretodo los de paja fantasía de colores crudo, beige, nutria, etc.

El papel de forma alargada es más de moda.

Á UNA PREGUNTONA.—Los cinturones con caídas se llevan de cinta ancha, generalmente el núm. 16.

Me parece bien la forma marinera para el traje gris, pues es un color que se presta mucho á la combinación con blanco.

Para las pecas, haga el favor de leer mi contestación á *Magnolia* en el número del 30 de Abril último.

Se llevan mucho los trajes adornados con galones. Para la chaqueta de abrigo elija la de la fig. 2.^a del figurin iluminado del 6 de este mes.

Á UNA ANTIGUA SUSCRITORA.—Los cuadros al óleo se limpian pasando con precaución una muñequilla empapada en buen aceite de olivas, y dejando que éste se seque.

La plata Ronoltz se limpia con un cepillo, agua caliente y jabón moreno, y después se seca y se pone al sol.

Si estuviera muy sucia, puede echar en el agua una cucharada de álcali volátil (amoniac).

Á MYOSOTIS.—Las cintas se llevan mucho en todas las formas: tirantes, lazos, cinturones, vueltas de cuello, etc., y se emplean de todas las clases imaginables: anchas, estrechas, lisas, rayadas, sombreadas, claras ó oscuras, pues siempre hacen distinguidas y elegantes.

Lo mismo para señora que para niños son indispensables las medias de color ó negras.

Para la niña de doce años puede hacer un traje de seda Pompadour, en fondo crema con flores rosa y ramaje verde. La falda lisa y el cuerpo redondo sujeto con un corselete de *surah* verde, frunido á la *virge*, sobre un canesú de *guipure* de Irlanda en fondo verde. Capelina de paja negra, con lazos grandes de cinta sombreada, blanca y verde.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 22.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la 1.^a edición de lujo.

TRAJES DE PLAYA.



(Croquis del figurin iluminado, visto de espalda y por delante.)

1. *Vestido de crespón gofrado color de rosa pálido antiguo, brochado de blanco formando relieve.*—Adornos de moaré negro. Falda lisa y cuerpo remetido en la falda, bajo un cinturón de moaré. Espalda y delantero de una pieza, estrechados en la cintura con pliegues. La parte superior del delantero va abierta en forma de V sobre un peto de moaré añadido sobre el forro de los delanteros, que se cierra en medio y se ajusta con pinzas. Cierre invisible en el delantero de crespón. Chaquetilla Figaro, de moaré, abierta en redondo en la espalda y en el delantero. Cuello alto y manga inferior ajustada, de moaré. Por encima va una manga bullonada de crespón, que llega hasta el codo, donde va sujeta con una cabeza bullonada.—Sombrero de crespón color de rosa, con ala bullonada de terciopelo, guarnecida de uvas blancas.

Tela necesaria: 6 metros de crespón, y 2 metros 25 centímetros de moaré.

2. *Vestido de lanilla heliotropo con rayas separadas por una lista, que forma una especie de bullonado tejido en la tela.*—Falda ribeteada de un cordoncillo de pasamanería rizada. Cuerpo de aldetas recortadas, añadidas en la cintura sobre el delantero, que se compone de un delantero ordinario, cerrado en medio con pinzas, y un lado de delante. Sobre este delantero va un canesú añadido y un centro escotado en redondo y dispuesto en una especie de babero sujeto en la cintura con un cinturón y rodeado de pasamanería. El cinturón sale de debajo de los brazos, atraviesa el delantero y se abrocha en el lado izquierdo. Espalda con vuelo estrechado en la cintura por medio de pliegues y terminada en aldetas almenadas, las cuales van ribeteadas de un cordón de pasamanería. La misma pasamanería adorna el cinturón, el cuello alto y el escote de la espalda, que se redondea sobre un canesú de lanilla, añadido sobre el forro. Manga adornada con pasamanería en su borde inferior.—Capelina de paja blanca, guarnecida de rosas matizadas y de cinta de raso color de maíz.

Tela necesaria: 6 metros 50 centímetros de lana gofrada.

3. *Vestido para niñas de 5 años.*—Es de bengalina azul, y va guarnecido de guipur negra. Delantero recto cerrado en medio, y espalda con pliegue Watteau. Manga bullonada, con paño cubierto de guipur. Volante ancho de guipur negra, dispuesto sobre las mangas, montado en el escote y figurando una esclavina.—Capelina de paja de arroz, guarnecida de una corona de tafetán recortado y de un penacho de plumas.

Tela necesaria: 5 metros 25 centímetros de bengalina.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras á la 1.^a y 2.^a edición.

- RT, cuatro enlaces de diverso tamaño, para ropa de casa, pañuelos, etc.
- EP, enlace para pañuelos.
- 3 y 5. *Rosa* y *Ana*, nombres para pañuelos y camisas.
- MO, enlace para mantelería de té.
- Enlaces de la letra A con las demás del abecedario.
- LR, enlace para pañuelos.
- 8 y 9. G y D, letras para pañuelos.
- DY, enlace para pañuelos.
- Mitad de cuello para niños. Se borda al pasado.
- Ancla para traje marino de niños.
- Orla con letra S, para petaca y cartera.
- 14 y 15. *Concepción* y *Teresa*, nombres para pañuelos.
- MO, enlace para pañuelos.
- Continuación de los enlaces de la letra A con las demás del abecedario. (Véase la *Hoja-Suplemento* del núm. 20.)
- Dos ramos para bordar al realce.
- Asunción*, nombre para pañuelos.
- Motivo religioso, para bordar al plumetis.
- Esquina de pañuelo, de encaje inglés.

Copiamos de «El Aula Médica», de Valladolid:

«Sección Clínico-terapéutica.—Salicilatos de bismuto y cerio, de Vivas Pérez.

Los Salicilatos de bismuto y cerio son para el práctico armas poderosísimas de combate; son los que demuestran que la Medicina ha progresado en breve tiempo, pues pueden colocarse con orgullo al lado de otros medicamentos tan preciosos como la cocaina, anti-pirina, exalgina, con los que se ha enriquecido la terapéutica en estos últimos años.

Y es tan precioso este medicamento, que en raras ocasiones se deja de triunfar allí donde otros, considerados como potentes, han salido vencidos; así efectivamente sucede: nosotros hemos tratado diarreas colicativas en las que todos los medios han fracasado; ante nuestras observaciones han pasado como fugaces sombras, sin dejar algún vestigio de su presencia, el subtrato de bismuto, la creta, el ácido tánico, el catecú, la ratania, el opio y otra multitud de medicamentos preconizados, y hasta que los Salicilatos de bismuto y cerio llegaron, no fué posible hacerse dueños del campo.

En la diarrea de los tísicos, en el cólera infantil, en la diarrea de los viejos, en los catarros intestinales agudos y en la gastralgia y vómitos incoercibles de las embarazadas, siempre ha producido el efecto que nos proponíamos.

Así es que no dudamos en recomendar el preparado del Sr. Vivas Pérez á nuestros lectores, que obtendrán los mismos triunfos que nosotros hemos alcanzado con su empleo en el tratamiento de las enfermedades expresadas.»

Contra Tos, Grippe (Influenza) Bronquitis, el JARABE y la Pasta de Nafé son siempre los Pectorales más eficaces. Todas Farmacias.

Polvos de arroz. E. COUDRAY, 31, rue d'Angien, París.—Nueva creación y especialmente recomendada á la gente de buen tono, que aprecia de una manera particular la finura y suavidad de este delicioso perfume.

Medalla de oro, cruz de la Legión de Honor en la Exposición Universal de París de 1878.

VINO de BUGEAUD TONI-NUTRIVO con QUINA y CACAO el mejor y más agradable de los tónicos en la Anemia, todas las Afecciones debilitantes y las Convalecencias. Principales Farmacias.

PIANOS FOCKÉ, MEDALLAS DE ORO. Alquiler y venta. 83, Avenue Victor Hugo, 83, París.

ASMA y CATARRO Curados con los **CIGARRILLOS ESPIC** (Caja 2 fr.) por los **CIGARRILLOS ESPIC**

EAU D'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré.

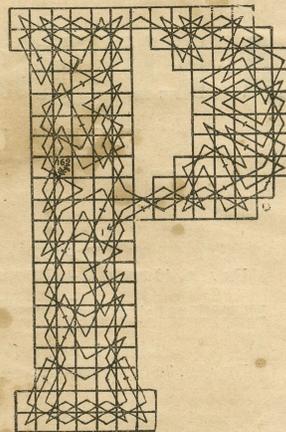
POLVOS OPHELIA adherentes, invisibles, exquisito perfume. Houbigant, perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré, 19.

Perfumería Ninon, V. LECONTE ET C^o, 31, rue du Quatre Septembre. (Véanse los anuncios.)

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

SOLUCIÓN AL SALTO DE CABALLO

PUBLICADO EN EL NÚM. 18.



Amor es fuego que consume el alma.
Hielo que hiela, flecha que abre el pecho
Que de sus mañas vive descuidado;
Turbado mar de no se ha visto calma.
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo de amigo disfrazado.
Dador de escaso bien y mal colmado;
Añable, lisonjero,
Tirano, crudo y fiero,
Y Circe engañadora que nos muda
En varios monstruos, sin que humana ayuda
Pueda al pasado ser nuestro volvernos,
Aunque ligera acuda
La luz de la razón á socorrernos.

La han presentado las Sras. y Sras. D.^a Nicolasa Muñoz y Trupeda.—D.^a María M. y Revuelta.—D.^a Trinidad Montoy de Ooma.—D.^a Angeles Salvador de Español.—D.^a Avelina Mora.—D.^a Casta María de Píñillos.—D.^a F. G. C. de A.—D.^a Eloisa Franco.—También hemos recibido solución al Salto de Caballo publicado en el núm. 11, por las Sras. y Sras. D.^a Carolina de la Peña de Romero.—D.^a Josefa C. de Cruz.—D.^a Julia Jalón de Ruiz (Habana).—D.^a Estela Senior (Colombia).

Decís, Señora, que os faltan muchas cosas para que volváis á ser

JOVEN Y BELLA

Pues pedidlas á la *Perfumería Exótica, rue du 4 Septembre, 35, en París*, y quedaréis satisfecha y encantada del resultado. Su *Erika Exótica*, en agua ó en crema, os hará volver á la hermosa edad de diez y seis primavera y os defenderá contra las arrugas; su polvo de arroz *Flor de Alberchigo* dará á vuestro cutis una blancura diáfana que evocará á las rosas desvanecidas de vuestro rostro; su *Anti-Bollos* extirpará los puntos negros que brotan en la nariz, sin dejar la menor huella de ninguno; su *Serivilium*, espesará, alargará y dará nuevo color á vuestras cejas y pestañas; su *Pasta de los Prelados* destruirá los sabañones y las grietas, y os devolverá la mano lisa y morbida, con las venas suavemente azules que antes, en vuestra primera juventud, poseíais; y toda esta transformación se efectuará naturalmente, sin recurrir á ningún artificio.

El Catálogo de la *Perfumería Exótica* se remite, gratis y franco de porte, á quien le pida. Depósitos en Madrid: *Artaza, Alcalá, 23, principal, iq.; Pascual, Arenal, 2; perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.*

PAPPEL FAYARDYBLAYN
ELMAS EFICAZ PARA CURAR IRRITACIONES DEL PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORS, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS. Topico excelente contra Callos, Ojos-de-Gallo. — En las Farmacias.

GRAN FABRICA DE DULCES DE MANTAS LOPEZ
PREMIADA CON 8 MEDALLAS
ÚNICA EN ESPAÑA que obtuvo DIPLOMA DE HONOR, la primera y más alta recompensa en el Gran Concurso Internacional de Bruselas, y Medalla de Oro en la Exposición de Barcelona. Compió en clases y premios con las fábricas más acreditadas de París y de los demás paises extranjeros. Se venden en las principales confiterías de España. Fábrica: Palma Alta, 8, Madrid.

NINON DE LENCLOS

Relácese de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agita su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Lecoq entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la *Perfumería Ninon (Maison Lecoq)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de *Véritable Eau de Ninon* y de *Bouquet de Ninon*, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes. Depósitos en Madrid: *Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, par. 1.º; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.*

MARI-SANTA

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

SUEÑOS Y REALIDADES

POR DON RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marques de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico.—Madrid, Alcalá, 23.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del *Extracto capilar de los Benedictinos* del Monte Majella que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35 rue du 4 Septembre, París.—Depósitos: en Madrid Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

LA MODA DEL DIA Los Botones

IGUALES á las TELAS de las PRENDAS, adorno muy elegante y del mejor gusto, se fabrican en casa, de todas formas y tamaños muy económicamente y sin aprendizaje, con la admirable máquina **ECLAIR**, con privilegio. PARIS: EXP. UNIV. 89-90-91, ALOJA 1889. BOUTE ENFERME Y TROUSIL. — 3 Medallas de ORO. Tarifas y muestras enviadas franco de porte á las personas que lo soliciten. Eug. SCHERDING, 22, rue du Bostoi y 15, rue du Louvre, París.

EL SOL DE INVIERNO

POR DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico. Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

OBRAS POETICAS DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

ALCALÁ, 23. — MADRID.

Obras poéticas.	Pesetas
— Dos tomos.	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo.	2
Fray Juan.	1
La Misa de Gómez-Alías.	1
Almería (Canto I).	1
El Holgado (segunda parte de <i>Almería</i>).	1
A drillas del mar.	1
La Venganza.	1
Fernando de Iaredo.	1
El Último beso.	1
El Capitán García.	1
Mis Amores.	1
La Velada.	1
El Ajo campestre.	1

Kananga Japon
RIGAUD y C^{ia}, Parfum^{istas}
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

El Agua de Kananga es la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga
Suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Acete de Kananga
Tesoro de la cabellera, que ablanda, hace crecer y cuya caída proviene.

Jabon de Kananga
El más grato y untuoso, conserva el cutis su nacarada transparencia.

Loción vegetal de Kananga
limpia la cabeza, ablanda el cabello y evita su caída, tonificándolo.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y C^{ia}.

Perfumería, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA —
COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

AÑO XXXVI

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS	EN CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS
UN AÑO, 40 PESETAS—SEIS MESES, 21—TRES MESES, 11	(Pagaderos en oro por anticipado.)
EN PORTUGAL rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta	UN AÑO, 12 PESOS FUERTES—SEIS MESES, 7 PESOS FUERTES
DEMÁS PAÍSES DE EUROPA	EN LAS DEMÁS AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA
UN AÑO, 50 FRANCS—SEIS MESES, 26—TRES MESES, 14	(Pagaderos en oro por anticipado.)
	UN AÑO, 60 FRANCS—SEIS MESES, 35 FRANCS

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, están autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendido el coste de las letras sobre Europa.

En los días 8, 15, 22 y 30 de cada mes aparecerá un número de 16 páginas, varias de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc., etc. La sección literaria, contenida á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando de importancia ó el interés de los asuntos artísticos y de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores, los cuales son también obsequiados con lindísimas láminas, esmeradamente ejecutadas en cromotipografía.

La Empresa concede á los Sres. Suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA el derecho de poder adquirir para sus familias, con un 25 por 100 de rebaja, una suscripción á

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

periódico de reconocida utilidad para las Señoras y Señoritas, del cual se publican cuatro distintas ediciones.

Á las personas que deseen conocer estas publicaciones se les facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Alcalá, 23, Madrid